

mente en el conflicto: las ágiles guerrillas, las burdas cofradías de mayordomos, las frecuentemente sádicas tropas oficiales, las feroces cuadrillas de bandoleros y la siniestra organización de los pájaros, definida como un Ku-Klux-Klan criollo de pavorosa eficacia letal.

El curioso puede encontrar crónicas rojas de los hechos en los alegatos jurídicos, en los estudios sociológicos, en las pastorales de obispos, en periódicos y aun en las novelas que se han ocupado del tema.

IV

Pronto comenzó a aparecer la literatura-testimonio del odioso conflicto. Pero aunque podemos registrar más de medio centenar de novelas, ensayos, poemas en prosa (11), pocas obras han alcanzado el nivel de auténticas creaciones literarias.

Algunas, en el título mismo, anuncian su carácter documental y aun panfletario: *Marea de ratas*, de Arturo Echeverri Mejía; *Lo que el cielo no perdona*, de Ernesto León Herrera (seudónimo de F. Blandón Berrío); *Los cuervos tienen hambre*, de Carlos Esguerra Flórez; *Tierra asolada*, de Fernando Ponce de León; *Tierra sin Dios*, de José Ortiz Márquez; *Viento seco*, de Daniel Caicedo; *Guerrilleros, buenos días*, de Jorge Vasquez Santos..., interesan más por los hechos relatados que por la conformación propiamente literaria. Buena parte de estas novelas surgió como producto del choque emocional ocasionado por los acontecimientos; muchas fueron escritas al calor del odio; casi ninguna escapa al sectarismo ideológico y no faltan las que parecen mera expresión de un detestable regusto por escenas aberrantes.

Pero también el lector exigente encontrará verdaderos valores literarios en títulos como: *La ciudad y el viento*, de Clemente Airó; *En Chimá nace un santo*, de Manuel Zapata Olivella.

En esta novela el autor logra superar el documentalismo descarnado, casi de crónica, propio de anteriores producciones novelescas suyas —como *Corral de negros*, *La calle diez*, *Detrás del rostro*—, en que describía escuetamente realidades sociales tremendas: prostitución, crimen, niñez desamparada, etc.

En *En Chimá nace un santo* encontramos un pueblo alienado por el mito y el crimen; en ella, la videncia es presentada como consecuencia directa de la ignorancia y el fanatismo religiosos; de esta novela

(11) G. SUÁREZ RONDÓN: *La novela de la violencia en Colombia*, Bogotá, 1966. En esta tesis de grado, presentada en la universidad javeriana, el autor menciona 40 novelas sobre esta temática, publicadas entre 1951 y 1965.

ha dicho Néstor Madrid Malo que «es una obra goyesca, donde el barroco de las situaciones se atempera con la sobriedad del estilo» (12).

En *El Cristo de espaldas*, la mejor creación de Eduardo Caballero C., encontramos a un cura joven, sincero, enfrentado—como en una terrible pesadilla—a gamonales, a un cura viejo palurdo, a un obispo ladino, a feligreses fanáticos y estúpidos, en un poblado de los Andes orientales. Por supuesto, el joven sacerdote fracasa, de acuerdo con la proporción de las fuerzas enfrentadas; resulta incapaz, como la religión católica frente a la violencia colombiana.

En *Sin tierra para morir*, de Eduardo Santa, el lector encuentra prácticamente todos los elementos del conflicto: un pícaro terrateniente que se enriquece ilícitamente; un hijo suyo, típico granuja de pueblo, que ejercita entre las campesinas de la región las aberraciones aprendidas en la ciudad; un corregidor que asesina «por ver hacer gestos»; una comunidad de campesinos diezmados diariamente, sin esperanza de que la justicia los proteja, desplazándose a las ciudades para convertirse en pordioseros o en mano de obra barata. «Esta novela deja en el lector un espeso sedimento de amargura» (13).

En *El gran Burundún Burundá ha muerto*, de Jorge Zalamea, la ironía política y la crítica social llegan a su más alta expresión; el autor arremete contra la degeneración del gobernante, encarnada en la figura de un dictador tropical. El gran Burundún es, por antonomasia, el tirano; participa con creces de las características de cada uno de ellos: es fanático, charlatán, megalómano, taimado, cruel agorero, mojigato. Desde luego, la virulenta sátira de Zalamea se inspiró en motivos colombianos, pero se proyecta hacia un plano general de expresión, los personajes y las situaciones son simbólicos; en ningún momento desciende al plano de la diatriba personal (14).

El eje del poema son los funerales del gran Burundún «en la avenida más larga y más ancha del mundo». La muerte, como término de la vida humana, permite un enjuiciamiento de la totalidad de la obra del individuo, y eso es lo que hace Zalamea con Burundún y con cada una de las instituciones representadas en el desfile de funerales—incluso con el partido único, el más contundente instrumento de poder y de opresión, formado, en general, por gente joven para

(12) «Estado actual de la novela en Colombia». *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. IX, núm. 5, p. 887. Bogotá. También Eduardo Camacho ha publicado buenos panoramas de la novelística colombiana actual. Véase, especialmente, *Revista Letras Nacionales*. Bogotá, agosto 1966.

(13) Véase SUÁREZ RONDÓN: *Op. cit.*

(14) Véase el prólogo a la última edición de *El gran Burundún Burundá ha muerto*. (No recuerdo la fecha ni la editorial.) Bogotá. Esta obra es más bien un poema en prosa que una novela, propiamente.

que el ímpetu de la mocedad se transforme en el más crudo fanatismo.

Los funerales terminan en una despavorida desbandada, en un impresionante silencio; el gran Burundún es un enorme papagayo de papel, ahora torpemente erguido en su ataúd. En medio de la lóbreguez, el único vestigio de humanidad se encuentra en la risa del caballo de Burundún; el animal, consumada la farsa, torna con paso bailarín a la ciudad vacía.

El autor contrasta acertadamente la condición de pureza de los irracionales con la ruindad de los hombres.

El tema esencial de este poema es la palabra libremente articulada, sagrado atributo humano, burdamente violado por Burundún.

Considero a Zalamea como el más caracterizado de nuestros actuales escritores; en *El gran Burundún Burundá ha muerto* despliega los recursos de la retórica tradicional—exclamaciones, enumeraciones, reiteraciones frecuentes, paralelismos sintácticos—y multiplica los períodos sinonímicos, las aliteraciones afortunadas, los adjetivos de color, las onomatopeyas—hay en el poema un párrafo que es un valioso recuento de verbos onomatopéyicos del español, que no siempre han encontrado equivalente en las traducciones (para cuarenta y uno que tiene el mencionado párrafo, el traductor alemán encontró cuarenta y uno, pero el francés, apenas treinta y dos, y el checo, treinta y nueve)—(15).

Abundancia verbal y de citas eruditas, escasez de condensación, tono altanero, rabioso, son rasgos característicos de la poesía de Zalamea; definida como para ser oída al aire libre, ella es la antítesis de la poesía de cámara; afortunadamente el barroquismo de este escritor no ahoga el concepto, lo reitera y aun lo delimita. Veamos una muestra:

«¿Será menester detallar aquí las desusadas y desmesuradas empresas del gran Burundún-Burundá?

Que vengan sus guardias de asalto, sus tropas de choque, los jefes de la policía, las cuadrillas seleccionadas de sus caciques, su mercenario Estado Mayor. Que vengan sus amarillos sacerdotes, sus amaratados verdugos, sus verdes delatores, sus negros matones, sus rojos escribanos, sus azules exactores, sus blancos sepultureros... y embocinen todos ellos sus trompas hacia el cielo.

Y cuando su trompetería haya creado el universal, expectante silencio, que se congreguen en torno al féretro los millones de sus vasallos y, sopesando bajo las vestiduras sus calabacines de castrados, en bestial coro aúllen, rujan, chiflen, jadeen, ladren, graznen, ronquen, balen, cacareen, relinchen, tosan, berreen, roznen, bufen, croen, zumben, eruc-

(15) *Ibidem.*

ten, rebuznen, mujan, carraqueen, chillen, himplen, piten, gruñan, venten, trinen, mayen, cloqueen, pïen, gargaricen, crotoren, gañen, silben, voznen, gangueen, resuellen, pujen, gorjeen, parpen, bramen, ululen ... en póstumo homenaje y detallada necrología del gran charlatán que comenzaba a hacer la felicidad de los pueblos con la abolición de la palabra articulada...

Como hez que tras sí perdiesen todas aquellas corporaciones castrenses, eclesiásticas y civiles, desfilaban finalmente los tolerados desechos de la palabra; eslabón indispensable entre la época fatídica de los lenguaraces y la edad de oro del gañido:

¡Aquellos postillones de la pluma, aquellos jaleadores de la oratoria! Hongos de las redacciones periodísticas, piojos de los pasillos del Congreso habían sido los sacapruebas en las noches de El Escribidor; habían formado la claque en los días del Gran Vociferante.

Estafetas del chisme, lacayos del rumor, correveidiles de la calumnia, estilistas del «se dice», aurigas del escándalo, husmeadores de sábanas, correos del anónimo... se disputaron horneros de la fragua en que se reducía a cenizas la vieja casa. Y pararon luego en simples mozos de gabela.

Y ahora, verdes de envidia, amarillos de despecho, grises de miedo, relegados en la hora del botín y relegados en el orden del desfile, resultaban idénticos a sí mismos.

Eran...

Los que no son paridos, sino exudados. Los que nacen del escupitajo de una pluma que se hiende, del descuido de una escoba que se apresura. Los que brotan como una urticaria sobre esas cosas sucias e innominables que se olvidan en los rincones de las casas y que se tornan agrias y mohosas y estorbosas y malolientes en esos rincones: una nata de leche, media naranja mondada, una espina de pescado, un mechón de pelos, un hueso de aceituna, un algodón sanguinoso, un troncho de zanahoria, una piltrafa de carne.

Hijos del moho, bastardos del polvo, duendecillos de la basura, orín de las cuchillas de afeitarse, liendres de los poderosos, ladillas de los botarates, caspa, sudor, hedor de los que mandan, lívidas efímeras de las pesadas aguas de las alcantarillas.

En una crónica verídica, como es esta, no se puede decir que estos engendros desfilaran: manaban. Como manan la pus y el menstuo: nauseabundo rescate de la vida limpia y sana» (16).

V

He encontrado aquí en Madrid, publicadas en Ediciones Destino, dos obritas de esta temática. Vamos a comentarlas:

El día señalado, galardonada con el premio Eugenio Nadal en

(16) Anoto mi agradecimiento para con Adiel Botero, bibliotecaria del Colegio Nacional «Francisco José de Caldas», Colombia, por haberme enviado oportunamente el texto anterior, copiado a máquina.